

AVATARES DE LAS CIENCIAS

Carlos Enrique Berbeglia

Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino

Introducción

Históricamente cupo a la filosofía –al menos hasta ahora- desempeñar un papel esencial en el desenvolvimiento de la humanidad: desaletargar las conciencias. Para cumplir con esta función, se comportó como un Argos donante, porque posibilitó a los seres humanos multiplicar sus ángulos de observación. Claro que no a todos se les concedió ese don. Tal disparidad acentuó los conflictos teóricos entre los hombres y colocó a la misma filosofía en una situación ambigua. En efecto, el hecho de dotar de visión a menudo la condujo a convertirse en algunas de sus versiones *en la visión* –el único punto de vista admisible- de la conciencia y, por lo tanto, a desmerecer su función y misión.

El ser humano pasa la mayor parte de su existencia buscando, escuchando o aceptando respuestas. La perentoriedad de la vida da poco margen para la reflexión autónoma y, si acontece, lo expone al riesgo de formular preguntas que no necesariamente encastran con las respuestas obtenidas antes. De allí la persistente exigencia histórica de sistemas teóricos omniabarcantes que no despejen el campo para la aparición de incógnitas. Cuanto más circunscripto y protegido un sistema, brinda mayor seguridad, al menos en apariencia.

En el sentido arriba aludido, las diversas culturas se muestran como un manto de respuestas fluctuantes y encubridor de la realidad. Los sistemas político-económicos, las religiones, las ciencias y las filosofías son las encargadas de tejer dicho manto... y de destejerlo, en un proceso dialéctico tan antiguo como la historia misma. Valga la imagen: si lo importante es la trama, la cual, junto con la urdimbre, forman la tela, cualquier ruptura será admitida siempre y cuando pueda tejerse o confeccionarse un remiendo que reemplace la parte averiada. En concreto, toda crítica filosófica ha de claudicar nuevamente en un sistema teórico con capacidad de restaurar el desgarró que ha causado, si quiere ocupar un lugar en el juego de la historia.

El último movimiento filosófico del siglo XX, el postmodernismo, extremó el “desencantamiento del mundo” operado por la Modernidad. Murieron primero los dioses y, luego, las ideologías. Podemos pensar que esta última idea se sostiene sobre una falacia performativa. La tantas veces aludida “globalización” es una ideología *viviente* que reemplaza a las anteriores ya *muertas*. Omnipresente, lo explica todo, lo fundamenta todo y, a la postre, carece de cualquier significado, hecho que no interesa porque, igualmente, responde por el todo.

“Desenmascaramiento”, tanto de la tranquilidad burguesa cuanto de falsas propuestas revolucionarias, también fue el lema de algunas filosofías anteriores al postmodernismo, por ejemplo, de las filosofías de la existencia entre otras. Pero tales corrientes también proporcionaron una máscara a sus seguidores que fueron incapaces de fortalecerse en un camino no epigonal. Los coreutas de estas doctrinas obraron como sectarios y convirtieron la -su- filosofía en un ramillete de ideas rápidas y secas, de dogmas “a la carta”. Es más fácil desenmascarar a los enmascarados que a los (supuestos) desenmascaradores, porque estos últimos aparentan ser los adelantados de la historia, si bien cuantas veces les resulte posible, tratan de abroquelarse en el nuevo ropaje que reemplaza los despojos de prendas envejecidas.

No me propongo reconstruir ninguna trama/urdimbre filosófica luego del ejercicio crítico que las siguientes páginas proponen. No me mueve el interés por fomentar teorías nuevas o recrear las viejas; sólo intento demostrar que los prejuicios y las incoherencias teóricas subsisten aunque se pretenda o simule lo contrario. El encanto feérico del mundo destruído por las ciencias ha sido reemplazado (o reencantado) por la tecnología derivada de ellas, la cual, incluso, recrea (en el cine, en Internet, en la literatura, en las artes plásticas) ese mundo antiguo, precientífico, *que no se cuele por la ventana* sino que, mejor, permanece en las actitudes de una conciencia necesitada de calmar la angustia que suscita la ignorancia y cuyo vacío suple, entonces, con dragones, curas milagrosas o teorías que acomodan (o condicionan) la existencia del Universo a la aparición del hombre.

1. La persistencia de la magia en la manifestación social de las ciencias

La persistencia de la magia en un mundo que se pretende configurado por la racionalidad no implica contradicción alguna. La estructura psicológica humana *general* no puede remover milenios históricos y millones de años de vida prehistórica ca-

racterizados por el imperio de una naturaleza incomprensible y el espanto ante las fuerzas sobrenaturales que cercaban las aldehuelas apenas se ocultaba el sol. La aparición de la razón gracias al pensamiento filosófico primero y del Humanismo y de las ciencias a partir del Renacimiento luego son apenas un rasguño de luz en medio de esa masa de miedo y superstición que constituye la conciencia colectiva de los hombres todavía hoy.

No hay un corte abrupto que marque el tránsito del pensamiento mágico al científico, sino paulatino, tan paulatino que esa misma conciencia colectiva no titubea en cargar de mitos y rodear de halos misteriosos las adquisiciones del pensamiento y de la técnica y tecnología racionales. Los seres humanos se comportan ante tales logros con una unción similar a la que manifestaban cuando las sugerencias de los magos engalanaban el mundo de milagros, hasta el extremo de permitir la introducción de toda la parafernalia teatral de la magia sino en el pensamiento científico, al menos en sus manifestaciones sociales.

Una intermediación entre la magia y la ciencia moderna fue la alquimia. Ambas, más allá de similitudes básicas como la necesidad de un pensamiento con coherencia explicativa y causal, cuentan con otro común denominador: se han introducido en el universo de la cultura provistas de una generosa simbología. La racionalidad de esos conjuntos simbólicos se encuentra amparada por los sistemas de creencias de la época en que florecen y por la relación de tales símbolos con el medio social que siempre, de una u otra manera, se ve reflejado en ellos y responde a sus estímulos.

En este sentido podría argüirse que la eficacia de las ciencias contemporáneas es infinitamente mayor que la de la magia. Un satélite artificial se pone en órbita no sólo gracias a múltiples cálculos matemáticos sino por el empuje de toda una maquinaria posibilitada por una tecnología igualmente científica. En cambio, los hechos de la magia, nunca superarán, en el caso de que sean exitosos, las realizaciones de los deseos de un mago o hechicero y de la comunidad que lo cobija. Aquí hallamos el nudo de la cuestión: la magia, en los tiempos cuando la acción de los magos era socialmente concebible, si bien no colocaba satélites en el espacio, gracias a sus teatra-

lizaciones y embustes, provocaba en la conciencia colectiva reacciones similares a las concitadas hoy por las ciencias¹.

Amén del común denominador expuesto con brevedad más arriba, otras similitudes emparentan a magias, ciencias y tecnologías. Son ellas:

- *Rituales y escenificaciones*: atuendos de los magos y de los científicos, ordalías y altares *versus* paneles y simposios, trucos que hacen desaparecer las cosas *versus* laboratorios que las desintegran y/o sintetizan.
- *Lenguaje iniciático y hermético*: fórmulas y discursos de difícil o imposible acceso para la mayor parte de la gente.
- *Poder sobre la naturaleza*: que se trasluce en un dominio de la misma mediante sortilegios o teorías y prácticas derivadas de éstas, y, fun-da-men-tal-men-te, *poder ante el grupo social* que respeta y acata las prescripciones y propuestas de los magos y/o de los científicos.
- *Indiferencia, neutralidad o compromiso*: actitudes alternativas, según épocas y grupos sociales, ante los efectos que se desprenden de la actuación de sus personeros. Por ejemplo, la práctica de la magia negra o blanca que daña o beneficia a miembros de una comunidad determinada puede ponerse en paralelo con la experimentación científica actual que genera innumerables conflictos éticos tales como los procurados por posibles aplicaciones de la ingeniería genética, la vivisección y el daño infligido a animales que se emplean para docencia e investigación, la experimentación nuclear (de efectos deletéreos para los seres humanos, el ambiente y los ecosistemas), etc.

Se evidencian, sin embargo, diferencias decisivas entre las prácticas de las ciencias y las de la varia magia que, en parte, atenúan los parecidos destacados en el punto anterior. Éstas atañen al falso control que las sociedades contemporáneas ejercen sobre las ciencias cuando se presume que los foros éticos o los mandatos religiosos o simplemente humanitarios –usualmente visualizados bajo la forma de los Derechos Humanos- pueden detener el avance indiscriminado de la experimentación sobre

¹ Si un brujo, con un ardid cualquiera o leyendo las vísceras de algún animal sacrificado, “demostraba” la conveniencia de una guerra y arrojaba sus huestes sobre la comunidad vecina, a nadie –ni al mismo brujo- se le hubiera ocurrido poner en duda que se trataba de una artimaña.

la naturaleza y los seres humanos y sus consecuencias *relativamente* imprevisibles². A los magos, hechiceros y nigromantes, sus propios medios socioculturales han controlado y controlan aún con cierto rigor, revirtiendo el alcance de sus acciones a un poder menor (de allí la búsqueda desesperada por parte de muchos de ellos de un pacto con fuerzas supranaturales para obtener la supremacía y eludir las trabas impuestas por los grupos de pertenencia)³.

Otra diferencia aleja a las ciencias de la magia. En el mundo del mago reina una divinidad trascendente que controla y gobierna a todos. El mundo del científico, en cambio, goza de autonomía, y, por consiguiente, es ateo o, a lo sumo, Dios se ha convertido en un postulado y/o alegoría lejana y la marcha de los hombres y de sus saberes es responsabilidad exclusiva de ellos mismos. En el marco de esta segunda distinción, apreciamos cómo la magia no ha modificado la estructura social de las sociedades que la practican y, en cambio, ésto ha sido realizado por las ciencias en las sociedades donde se desarrollan sobre todo mediante el impacto de sus descubrimientos e inventos, impacto que también se extiende a la naturaleza, cuya vejación y avasallamiento por obra de la tecnología derivada de la racionalidad científica recién hoy llegamos a dimensionar.

Una consecuencia antropológica que se desprende de esta manera de ejercer el dominio sobre la realidad de las magias y de las ciencias puede ilustrarse con el esquema siguiente:

El sujeto humano en el mundo de los mitos y de la magia:

controla (al menos parcialmente) a quienes lo controlan

El sujeto humano en el mundo de las ciencias:

las ciencias se independizan del control social

² Baste como ejemplo el de la clonación: desde que apareció la posibilidad de lograr la reproducción animal gracias a esta tecnología, múltiples voces y argumentaciones se han hecho oír con el fin de frenarla entre los seres humanos. Resulta poco probable que se logre trabar el desarrollo de esta práctica, puesto que ella obsequiaría a los Estados y a grupos de poder transnacionales importantes la posibilidad de *fabricar* humanos a la estricta medida de sus intereses. Una ampliación de este planteo puede cotejarse en mi ensayo “Ética_después”, incluido en la obra colectiva G. Bianco (coord.) *El campo de la ética, mediación, discurso, práctica*, Edicial, Buenos Aires, 1997.

³ Fausto lo ejemplifica paradigmáticamente.

Dios (trascendente) desconocido y temible

Dios (ausente) o reducido a una esfera eclesiástica y formal

Naturaleza (inmanente) también desconocida e igualmente temible

Naturaleza, parcialmente dominada y conocida en la interioridad de sus leyes
Desaparición, por ende, también de su inmanencia

Se plantea una cuarta diferencia entre las ciencias y la magia:

- Las ciencias son *históricas*, puesto que responden por un fundamento epistemológico que les permite ampliar su horizonte de manera constante y, por lo tanto, transformarse.
- La magia, en cambio, es *a-histórica* (en el sentido de sus *principios de acción* sobre la realidad, no en cuanto a su inserción en el medio) por carecer de fundamento epistemológico y, por consiguiente, del desarrollo posible de las ciencias.

Estas diferencias no quitan, sin embargo, que los científicos actuales se comporten como los brujos: son iniciados en las universidades y/o institutos de investigación, los ampara la sociedad que se prestigia con ello⁴, recurren a idiolectos y simbologías que los alejan del mundo y del habla cotidianas, detentan similar poder al de los brujos y, por sobre todas las cosas, se equivocan tanto como sus antecesores, a consecuencia de lo cual en ningún momento pueden arrogarse siquiera la ilusión de haber logrado certezas respecto de la incógnita del hombre.

No basta entonces con las ciencias para combatir supercherías que agobian a los seres humanos. Sin un pensamiento crítico constante que las guíe y les haga revisar sus supuestos las ciencias corren el peligro de convertirse en mera tecnología, a lo sumo seguidora de caminos ya iniciados⁵. Indudablemente cabe a las ciencias la refutación de prácticas atentatorias contra la dignidad de la razón, al estilo de la astrolog-

⁴ Aunque les brinde escaso apoyo económico, como el Estado y las empresas privadas de capital argentino o mixtas.

⁵ El crecimiento de la rapidez y la miniaturización de los componentes de las computadoras y su incidencia negativa en el comportamiento de los seres humanos, así como el abandono de otros programas de investigación por su éxito económico, podrían llegar a convertirse en muestra de estas afirmaciones.

ía, el animismo o las hechicerías, *pero carece de derecho alguno a ocupar el sitio dejado por los brujos*. Haciendo esto, en lugar de ayudar a la liberación del hombre propenden a mantenerlo sometido con auxilio de un nuevo tipo de discurso, tan crítico e intolerante como los anteriores, igualmente totalitario y mediatizador.

2. El antroporfismo del principio antrópico

Un hecho sumamente perturbador para la conciencia resulta de la indiferencia que las cosas muestran hacia ella, también visualizada como la resistencia del mundo al que la conciencia una y otra vez intenta vencer gracias a la ayuda de la voluntad obrante entre los extremos variables de una razón meticulosa y una irracionalidad obsecada si bien el mundo que no se le entrega de una manera definitiva *nunca*. “Doblegar” no equivale, por ende, a “conocer”.

Bajo cierta óptica posible, la historia también podría leerse como un roce de beligerancia variable entre civilizaciones cuyos pueblos se han peleado y esclavizado alternativamente; dominándose o discriminándose, primero, conociéndose, después⁶.

Doblegar al mundo de las cosas y doblegar las voluntades de los otros entraña, sin embargo, una diferencia. Cuando el dominio se ejerce sobre los otros, el acatamiento se vuelve explícito: la servidumbre, la esclavitud y las distintas maneras de sometimiento vienen acompañadas por la diversa y constante simbolización que lo demuestra. Al realizar un trabajo de doce horas diarias para llevar el sustento a su hogar el operario acata, mal que le pese, las estructuras sociales de sometimiento, entretanto las clases más elevadas se enriquecen como consecuencia de tal esfuerzo. Pero, con lo inanimado, la relación difiere; el hierro que se dobla bajo la acción conjunta del yunque, el fuego y el martillo, no exclama “sí” al adquirir la forma que bus-

⁶ Pensemos en la conquista de América. ¿Qué interesaba a los españoles de las numerosas culturas con las que se toparon sino dominarlas -acusación extensiva a los portugueses, los británicos y los franceses? El exterminio o la sumisión, no cabía otra alternativa para los derrotados, para los pobres indígenas que fueron luego objeto de los estudios etnográficos cuando ya la transculturación los había prácticamente reducido a la anomia. ¿Algún europeo se interesó por los negros, arrancados del continente africano por la fuerza, durante los cuatro siglos que duró su esclavizamiento? En este sentido, la continuidad Grecia-Roma resulta contraejemplar por el respeto y la asimilación cultural que llevó a cabo, y, al menos en Occidente, única.

ca el artesano como tampoco lo hace el motor de un vehículo que nos transporta por distintos sitios.

Así, al formular las leyes de la naturaleza, logra la conciencia un conocimiento instrumental de la misma, la domina y engrilla (igual que a los esclavos), arrancando, incluso, expresiones de terror cuando el matarife mata un cordero o la mano del biólogo guía un escalpelo por los intestinos de una boa viva. Tal dominio de la naturaleza no equivale a una entrega de ésta, porque, cuando la oportunidad se los permite, los animales escapan de sus jaulas, los siervos, de la gleba, las plantas, de sus tutores, la tierra tiembla y demuele las ciudades, el mar se arremolina y quiebra los malecones ..., mientras las fotografías seriadas que descubren nuevos detalles de Saturno provocan, en la misma conciencia, un profundo alborozo, porque avizora el tiempo venidero en que desmenuzará su suelo con la misma saña que empleara para expoliar la Tierra. No obstante, el mundo sigue allí.

Sin embargo, variados son los aspectos de la expresión teórica⁷. Algunos de ellos no superan el límite de la mera enunciación; otros, en cambio, son tan elaborados que llegan a producir giros decisivos en la concepción del hombre o en su praxis cotidiana. Analicemos brevemente una expresión del primer tipo.

Dijo Leibniz: “este Universo es el mejor de los universos posibles”. Con esta expresión teórica culminaba su sistema metafísico y daba cuenta con ella de que, a pesar de las irregularidades y de las aparentes incongruencias presentes en el mundo, tanto humano cuanto cosmológico, ningún tipo de hechos podría cambiar su continuidad, sus leyes o mejorarlo. Sin internarnos en los meandros del sistema leibniziano, podemos decir que esta frase no encierra sino una expresión de deseos. Es más, cabría preguntarle: ¿para quién este Universo resulta el mejor de los posibles? ¿Para la monarquía de vida opulenta gracias a los impuestos que recaían sobre los campesinos y que este filósofo aceptaba? Si, en la misma época, en China, hubiéramos consultado a un eunuco al servicio del palacio imperial por esta enunciación, ¿no habría contestado que, dada su situación y la de sus tantos compañeros sometidos y castrados, era el *peor* de los universos posibles? Y una manada de gacelas, siempre alerta y temerosa de una sorpresiva cacería de leones, ¿no sostendría que el mejor de los uni-

⁷ Véase, *Espacio, tiempo, huida. El papel decisional de las teorías*, Buenos Aires, Biblos, 1991. En el capítulo 2, se explica la diversa constitución de las teorías.

versos posibles sería aquél donde pudieran paecer en sabanas siempre fértiles sin la amenaza de los carnívoros?

El universo es como es. Vivimos merced a su soporte y, amén del dominio relativo que poseamos sobre cada uno de sus componentes, no nos queda sino interpretarlo. Este universo que habitamos tiene la peculiaridad de contar con dos conformaciones. La primera puede concebírsela como aquello que el universo en sí mismo sea, su realidad en sentido estricto (realidad a la cual no accederemos nunca dados los límites de la capacidad cognitiva humana), y, otra, múltiple, debida a nuestros esfuerzos permanentes para conocerlo, desde los llevados a cabo por los astrónomos asirios hasta los más recientes modelos astrofísicos⁸. Éstos han arrancado de una idea generalizada hasta las últimas décadas del siglo XX acerca de que la totalidad del universo, háyase éste originado por el Big Bang hace miles de millones de años o, por el contrario, haya existido desde siempre, como sostenían los precursores de la teoría del modelo estacionario. Tal idea básica sostiene la regencia de las mismas leyes físicas (¡por algo son universales!) en todo el universo. Aunque hoy se llega a considerar la posibilidad de que, a partir de universos padres (o madres) emanen universos hijos, cada uno con sus propias leyes físicas. Y, por otra parte, el descubrimiento de materia oscura, en galaxias distantes, constituida por polvo y gas dispersos en las mismas, conduce a suponer que la cantidad de elementos dispersos por el universo fuese mucho mayor que la observable⁹. Un universo con diversos universos en su seno, cada uno de ellos con distintas leyes físicas, deja de ser el universo homogéneo pergeñado por la física mecanicista/determinista del siglo XIX y hasta respetado, en parte, por trabazones teóricas posteriores como la física cuántica o la relativista. Ahora bien, estas leyes físicas distintas, ¿lo serán *realmente* o sus diferencias se deberán a la im-

⁸ A modo conjetural, deberíamos añadir un tercer tipo de conformaciones, las que surgirían en civilizaciones ubicadas en otros sistemas, solares o no, similares o diametralmente opuestos al nuestro, en otras galaxias o extrañas (para nosotros) agrupaciones de entidades estelares. De vivir bajo disímiles condiciones físico-ambientales, ¿descubrirían una nueva ley de gravitación universal que, confrontada con la nuestra, volvería, a las dos, *forzosamente locales*? o, al tener otra configuración somática debida a una distinta estructura químico-biológica, ¿cómo percibirán o pensarán el mundo? La ciencia ficción ha deleitado nuestra fantasía con estas posibilidades. Al menos sus historias resultan más entretenidas que las especulaciones teóricas... e igualmente probables.

⁹ Se deduce de la relación entre materia y fuerza gravitatoria. Si la materia observada es menor a esta relación, se concluye que existe, aunque no la captan los telescopios por ahora.

posibilidad de hallar un nuevo modelo (de universo) que los comprenda a todos y vuelva, entonces, a homogeneizarlo bajo leyes unificadoras?

A partir de una consideración de las preguntas que despiertan la existencia de las cosas, nosotros y el mundo y las respuestas que damos a ellas, se desprende una diferencia ontológica fundamental. Nuestras respuestas son, casi siempre, provisionarias; la existencia de las cosas, de nosotros mismos y del mundo pareciera preceder los albores de la conciencia misma. El Principio Antrópico intenta una respuesta, proveniente de la astronomía, a esa incógnita supuesta en la existencia de un universo que, entre otras peculiaridades, incluye la de una especie que se cuestiona cómo fue posible llegar a co-existir en él.

En términos generales, el Principio Antrópico puede formularse del modo siguiente: “las características y propiedades que posee el Universo tales como hoy las conocemos han facultado que nosotros nos encontremos aquí para conocerlo; si estas propiedades hubieran sido distintas ya desde su origen, no habiéramos llegado a ser y, por lo tanto, el universo no sería conocido (no tendría quién lo conociera)”.

Dos son las versiones del Principio aludido. El *principio antrópico débil* coloca el acento en la interacción gravitatoria resultante luego del Big Bang. De haber sido ésta distinta, se habría originado otro tipo de estrellas, cuya radiación no habría posibilitado el origen de la vida. El *principio antrópico fuerte* estipula que, luego de la explosión inicial, el universo *encaminó* sus cambios en vista a la aparición de la humanidad. En términos generales, el supuesto fundamental del principio antrópico descansa tanto sobre el Big Bang cuanto sobre el tiempo transcurrido desde entonces. Además, según dicho Principio, este universo en expansión debe contar con una anti-güedad suficiente como para que se pudieran haber formado elementos más pesados que el Hidrógeno; tales elementos, que se originan en el interior de las estrellas, se liberan cuando éstas entran en la fase de Súper-Novas¹⁰ permitiendo la aparición de planetas como la Tierra en donde, si ocurren una serie de condiciones favorables, entre ellas la condensación que da lugar a los océanos, la llegada posterior de la radiación solar da origen a la vida. Para que esto sucediera, las condiciones inmediata-

¹⁰ Elementos estables gracias a las interacciones nucleares que las “compactan”. Si estas interacciones hubiesen sido distintas, solamente habría subsistido el hidrógeno; por el contrario, de haberse dado el caso de una mayor contracción de estas fuerzas, no habría habido lugar para la aparición del hidrógeno y de sus derivados luego.

mente posteriores a la Gran Explosión han de haber sido *absolutamente favorables*, pues, de haber sido más densa la bola ígnea inicial, no habría dado lugar a las galaxias y a la luminosidad que de ellas dimana (el resultado habría sido, en ese caso, el de un universo compacto y oscuro). También la gravedad fue la adecuada; de haber sido mayor, se hubiera visto impedido el nacimiento de los seres vivos (o, al menos, de tamaño y estructura similares a los conocidos por nosotros). Como resultado de esta acumulación de acontecimientos físicos encomiables, entonces, la vida surgió sobre la Tierra y, posteriormente, el hombre. Esta condición presente (el hombre como especie cognoscente del universo), explica, por ende, la concatenación de los fenómenos que tienen el pasado como base.

No deja de ser un argumento interesante. Sin embargo, aunque tenga apoyatura en hechos científicos en vez de valerse de la pura especulación como el previamente analizado de Leibniz, no por ello posee un valor demasiado convincente. En efecto, del encadenamiento de los fenómenos físicos desplegados a partir de las condiciones iniciales del universo que hicieron posible la aparición del hombre y de sus características, no se desprende (al menos de manera *no necesaria*, sino sólo *aleatoriamente*) que estas condiciones iniciales hayan acontecido de esta manera *para* que fuera posible la aparición del hombre, tal como sostendría la base del principio antrópico con una remembranza a causa final discutible.

Nos enfrentamos así con una argumentación algo pueril cuya estructura puede formularse del modo siguiente: conocidas las consecuencias, coloquemos las causas como necesarias para la aparición de estas consecuencias. Algo similar a lo que ocurre con ciertas profecías: una vez ocurrido un hecho trascendente, por ejemplo, una catástrofe natural o lo que fuere, aparecen voces postagoreras que “recuerdan” o “interpretan” expresiones de advertencia o premonición que las pre-contenían. También, algo así como decir: “la flecha dio en el blanco porque se disparó del arco”, lo cual es parcialmente cierto, porque, de no haber salido del arco la flecha ciertamente no hubiera dado en el blanco. *Pero no dio en el blanco porque tenía que dar en el blanco*; el razonamiento aludido es sofístico, porque descuida la posibilidad de que la flecha podría haber impactado en cualquier otra parte, cosa que habitualmente suele ocurrir cuando no se trata de arqueros avezados.

Que el universo sea providencial para la especie humana como pretende el principio antrópico es un hecho incontestable. Nos encontramos bastante bien en él,

puesto que ha posibilitado y posibilita nuestra existencia. Pero de allí no se deriva la pretensión de que al menos este universo tenga por designio soportar a nuestra especie o que estuviera pre-destinado para ello. Que hayamos aparecido paulatina o progresivamente en él no implica¹¹ su preparación anterior para recibirnos. También podrían haber afirmado lo mismo los dinosaurios que medraron sobre la superficie de la Tierra durante millones de años y que, de no haber desaparecido de repente por motivos presuntos como la caída de un meteorito gigantesco u otros, probablemente hubieran impedido el desarrollo de nuestros antecesores primates, o, antes aún, los trilobites, igualmente desaparecidos.

De no haber ocurrido la cantidad de sucesos físicos a partir del Big Bang que el principio antrópico anota como hitos (y que lo son, pero no de una manera necesaria) para la aparición de nuestra especie, o que uno solo de ellos, v.g., la fuerza gravitacional fuera mucho mayor y las estrellas, en consecuencia, tuvieran una existencia tan corta que no les permitiera convertirse en Super-Novas, este universo, a no dudarlo, sería otro y nosotros no estaríamos en él. Por otra parte, habitar un ínfimo planeta de un sistema solar minúsculo no significa “habitar” el universo. A modo de un ejercicio mental de humildad específica, también podemos desplegar con nuestro pensamiento otro escenario: si en otro supuesto universo existieran otras formas de conciencia apoyadas en otro tipo de condiciones físico-químicas de existencia, ¿no podrían conjeturar esas conciencias que “el” universo fue diagramado para que ellas se aposentasen finalmente allí? ¿Cómo negarles este derecho?

Estimo que el principio antrópico obedece a un antropomorfismo anterior, obligado por la circunstancia de una conciencia que medita en un mundo maleable a la fuerza de su razón a la vez que resistente, tanto por sí mismo cuanto, indirectamente, por la oposición que otras líneas argumentales ejercen sobre los lineamientos de las primeras fuerzas dialécticas. Como afirmamos al principio, el universo es, simultáneamente, uno y múltiple, y las exposiciones teóricas son las encargadas de volverlo comprensible de manera precaria y finita y, a la vez, descubrir en él algunas características que podrían considerarse como definitivas. Por ejemplo, hasta el siglo XVI la redondez de la tierra así como el heliocentrismo fueron supuestos que alternaban

¹¹ En una fábula denominada “El gran convidado al banquete terrenal” (*Homo homini homo*, Buenos Aires, Fundación Argentina para la Poesía, 1993) conjeturo qué le pasó a la tierra cuando recibió al último convidado al banquete de la naturaleza.

su verdad con el ser verdaderas de otras suposiciones diferentes. Cuando la confirmación de ambos “supuestos previos anteriores” fue definitiva, implicó no solamente que los supuestos teóricos paralelos pasaran al desván histórico de las teorías abandonadas sino un impulso excepcional para el conocimiento posterior del Sistema Solar y de sus leyes¹².

No me cabe presumir si en algún futuro, próximo o lejano, los astrónomos –que ya, para ese entonces, se podrán llamar “universólogos”- arribarán a constataciones tan definitivas como lo fuera la comprobación experiencial de la esfericidad terrestre, que dio lugar, en los siglos posteriores, al *crecimiento el conocimiento del universo*, que se colmó de *quasars, pulsars*, “agujeros negros” y sistemas galácticos que se alejan unos de otros a velocidades cercanas a la de la luz. Menos aún podemos presumir que se vayan a descifrar la totalidad de los misterios que atañen a la vida, pese a los éxitos del Proyecto Genoma. Empero, ¿qué sucederá el día que el conocimiento se crea habilitado para imposibilitar la articulación de las conjeturas? ¿quedará el espíritu humano definitivamente liberado de sus dudas o se cumplirá el sueño de los que siempre buscan sojuzgarlo al no disponer de alternativas argumentales en cuya discusión acontece el crecimiento? ¿O, acaso, presa del espanto y del aburrimiento la humanidad se inmolará en el vacío totalizador de la certeza?

¹² La mella posible al principio antrópico no corre pareja con nuevos descubrimientos y teorías físicas y astronómicas, porque dicho principio no responde tanto por un respeto a los hechos y leyes propias del universo cuanto a un acomodamiento argumental de estos hechos y leyes a la necesidad psicológica previa a las teorías de satisfacer la pregunta por el papel que desempeña la especie humana en el universo. Así, ni el descubrimiento de sistemas estelares “exóticos” gobernados por estrellas frías tensados por una gravitación inconcebible aquí, ni la posibilidad de universos constituidos por antimateria o la aparición de nuevas teorías físicas acerca de la continuidad de las cuerdas o de la supersimetría rozarán siquiera su sofisma primordial: *estamos aquí, sea como fuere el universo* o sus explicaciones teóricas; *eso* es lo que importa, porque *nosotros* somos, en última instancia, la justificación de cualquier universo o sistema teórico que lo fundamente. Un optimismo envidiable.